

# CICATRICES SIN TIEMPO Y ESPACIO

Linda María Concepción Cortez\*

## Ciudad de barro

Cipriana Pérez Cortés se levantó muy de madrugada, siempre madrugaba, pero aquella noche de abril había algo en la cálida brisa que invitaba a salir, fundirse con la noche estrellada, entre los murmullos, el silencio y la armonía de su aldea en aquella montaña que se unía con el cielo.

En sus facciones se dibujaba lo indómito de aquel pueblo que se rebeló para exigir su libertad; su piel de cobre, tensa y recia; su oscuro y grueso cabello brillaba majestuosamente. La sangre de su pueblo, esclavizada y disminuida corría por sus venas.

Sus recuerdos eran viejos. Cicatrices sin tiempo y espacio. Ancestralmente, su raza había caminado aquellos caminos, pronunciado aquellas palabras y sacrificado aquellos animales. Se había vestido con coloridas telas, había construido sus hogares con varas y lodo, había danzado y cantado para aquellos seres que bendecían o maldecían.

Pensaba en la primera vez que había pedido permiso al Caballero del barro para usar aquel elemento y convertirlo en artesanía: el barro tan antiguo como las creencias de su raza. El barro para crear, para formar. El sacrificio de un gallo, un jolote, una gallina, la sopa, la fiesta. También recordaba el momento en que su gente y ella empezaron a esconder el conocimiento ancestral, porque los acusaron de satánicos. Satanismo... no saben que el Caballero del barro es un ser altamente respetado y agradecido. He sacado adelante a mi familia porque él nos da para comer y vestir. Si no fuera por el barro, nos moriríamos de hambre; las cosechas están malas, ya no llueve como antes, hay tanta cosa mala que ensucia las aguas, la lluvia está herida y no quiere vernos. Yo siempre he devuelto el barro que me queda, siempre y por eso el Caballero me agradece

\* Escritora de Honduras nacida en Santa Rosa de Copán.

y hace próspera mi venta. Pero, los demás perdieron su orgullo, dicen que son otros, que mejor se van a la ciudad porque allá la vida es diferente, hacen cosas que no son de aquí, por eso es importante que él y ella sigan las tradiciones.

Pero él no quería ser el “come barro”, ya sabía que así lo llamarían los masculinos de su pueblo despectivamente y no podría encontrar fácilmente una mujer que quisiera casarse con él; mientras que ella no quería usar aquellos vestidos tan largos que eran las modas en la ciudad, tan diversas, modernas, desnudas. Acordaron entonces un plan de fuga, nos iremos para la capital o cualquier ciudad lejos, muy lejos, allá buscaremos un trabajo en lo que sea y negaremos nuestro origen, nuestra esencia, nos avergüenza el ser así, en dos días será el ritual y no vamos a participar.

Había amanecido. Ya el sol filtraba sus rayos entre el humo del fogón y dibujaba formas caprichosas. Ni Sixta ni Armando estaban. Se marcharon sin ver, pensar o decir. Cipriana Pérez Cortés sintió la huida de sus hijos como si fuera un cuchillo que le atravesaba la carne. Milenarias voces e imágenes de su pasado se revolvián en su cabeza, era como si Comizahual subía al cielo nuevamente en el rayo de luz, abandonando al pueblo que la veneraba, que la necesitaba dejándolo desposeído. La negación final, desaparecer, desdibujarse y someterse hasta sucumbir ante la modernidad.

Vio sus manos vacías, pequeñas, oscuras, toscas; entonces comprendió: debo continuar dando vida, extendiéndome al transformar bellamente el barro, esa es mi voz. El mundo tenía que escucharla para que así quedara en alto la certeza de que no la habían despojado de todo, su pueblo continuaría vivo, su raza no estaba extinta, sobreviviría. Y quizá algún día sus hijos volverían.

### **El desgarrador de la noche**

El sol dibujaba sombras tras los senos de la madre tierra mientras las aves planeaban lisamente en círculos llanos de esplendor entre las esponjosas nubes que cabalgaban perezosas sobre olas de luz y color. Allá abajo, los altos árboles bailaban lentamente al compás del viento jugueteón que, con su cálido aliento cantaba dulces versos de placidez. A lo lejos, en la llanura, un incipiente sonido se dejó oír, débil, y fue creciendo como precipitación de cascada impetuosa.

Sobre las colinas de esmeraldado pasto se transfiguró una oscura silueta: apoyada en cuatro firmes columnas, la carga de un cuerpo avanzaba en veloz carrera, doblando con su ágil paso las débiles y tiernas hierbas del camino. La tierra húmeda y blanda se tragaba por momentos las férreas extremidades del animal quedando marcadas como hierro ardiente en piel ajena. El murmullo de las hojas en su danza con el viento, se mezclaba con el resoplido de la bestia que

daba su máximo esfuerzo bajo el yugo de la mano conquistadora. En la lejanía y por entre el ramaje de fuego, los últimos rayos de sol se filtraban a manera de protectores brazos que apaciblemente llegaban hasta el jinete, quien envuelto en una larga y oscura capa, los ignoraba por completo. A medida que devoraba la irregular senda trazada sobre el pasto, así también el silencio crecía de nuevo apropiándose en reclamo ahogado de una antigua posesión. Desde las copas de los árboles y en la intimidad de los arbustos, brillantes ojillos preñados de curiosidad contemplaban la marcha del extraño que se perdía entre las sombras.

También llegaron el silencio y la oscuridad pues la corona del cielo fue celosamente guardada tras los altos picos donde nadie pudiera encontrarla y quedársela para sí. La profundidad de la noche como soledad agradecida invadió el corazón de todo lo existente haciendo sentir su presencia embrujadora, llenando cada rincón con un mar de calma. El reloj del tiempo detuvo su andar para poder disfrutar por instantes de la pasividad de la naturaleza que descansaba de su faena diaria. Los imaginarios seres de la noche poblaron junto con los reales la posesión de la sombra en una colectividad de absoluta armonía grabando en el espacio un magnífico cuadro de misticismo. De pronto, del fondo de aquella negrura, como trueno se escuchó el resoplar de bestias que dibujando fantasmales siluetas emergieron de la nada haciendo temblar la tierra. Un tímido rayo, frío y plateado, se asomó sobre una nube descubriendo a los incógnitos invasores que rompieron el silencio. Eran cuatro y se desplazaban andando el camino ya andado en febril persecución de aquel primer extraño. Como esculturas talladas en piedra, los árboles permanecieron quietos, adormecidos en su impotencia por detener el paso de aquellos ladrones de tranquilidad. Presencias ocultas en la nada con sus invisibles miradas, fueron cómplices de aquella abrupta interrupción de su silencio sublime, de su intimidad cortada con el filo de la tormenta invasora. Así también los vieron perderse entre el follaje y las sombras.

La brisa fue llevándose las nubes una a una hasta mostrar en todo su esplendor el vestido de lentejuelas del cielo y una cara redonda que, activa, se erguía consciente de su grandeza sobre las montañas dormidas.

Las horas detuvieron su andar al advertir con agrado que regresaba el silencio, momentáneamente desterrado e imponía de nuevo su voluntad. Pero... ¿cuánto duró esta armoniosa sensación de orden? Ni el mismo tiempo detenido en su éxtasis, ni la noche en su abandono, ni los árboles dormidos lo supieron, sino hasta recibir el eco de un ruido detonante, único y puro, acarreador de flagelo y sufrimiento, seguido de una voz que en grito desgarrador se quedó grabado en la eternidad. Después, la noche, agonizante en los albores del nuevo día, fue testigo de cómo los jinetes emergieron de las sombras a manera de figuras fantasmales regresando por el sendero ya trazado, descaminando el camino cruzado, cargando tras de sí al ausente de vida, al desgarrador de la noche.

**Insólita fuga**

Tanto esfuerzo que le costó huir de sus seguidores, cansado de que todo el tiempo tuvieran sus ojos en él y en sus acciones, para, finalmente, darse cuenta de que él no era un ser humano: su cuerpo no era de carne y hueso, sino que de palabras.

**Hartazgo**

Después de la segunda cuchillada todo fue más fácil. Ya no tendría que seguir soportando sus quejas, sus reclamos ni a su maldita familia.